

Rafael M.^a López-Melús

**APÓSTOLES
DE LA
PRENSA**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**

ISBN: 84-7770-251-9
Depósito Legal B-8802/95
Printed in Spain

APSSA,
ROCA UMBERT, 26
L'HOSPITALET DE LL. (Barcelona)

PÓRTICO

Permítenos, amado lector de este librito que te ofrece el Centro de *Apostolado Mariano de Sevilla*, que te diga, ya desde ahora, que es un folleto pequeño en volumen pero que quisiera ser grande en contenido pues como indica el título es un tema de transcendental importancia.

Hemos dudado si le dábamos el título que lo encabeza o este otro: APÓSTOLES DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS, ya que se trata de un tema de palpitante actualidad. Nos hemos decidido por este, *Apóstoles de la prensa*, porque quizá interpreta mejor lo que pretendemos transmitir.

Desde que el Espíritu Santo inspiró a los autores Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento que consignaran lo que El quería transmitir a la humanidad no han faltado hombres y mujeres que nos han contado sus experiencias o sus vidas, la doctrina que ellos juzgaron que podía hacer bien a sus semejantes.

En este folleto nos vamos a limitar a dar unas cuantas pistas sobre la importancia capital de este apostolado de la prensa, especialmente en estos tiempos que nos toca vivir y recordar algunos modelos de hombres santos, cercanos a nosotros, que se distinguieron especialmente porque usaron este medio de apostolado o de acercamiento a sus hermanos los hombres por medio de sus escritos.

La lista es lógico que la podíamos ampliar, pero nos limitamos a unos botones de muestra.

PARTE I

APOSTOLADO ACTUAL Y EFICAZ

1. Los libros

Muy pronto lo que el hombre pensaba y vivía quiso transmitirlo a sus seguidores y así nació la escritura. Luego la escritura es casi tan antigua como el mismo hombre.

El modo cómo hacerlo: en hojas o piel, en pergamino o papiro, en libros... todo fue llegando poco a poco.

Hoy nos podemos preguntar qué sería del mundo sin el libro, sin la prensa...

Ezequiel, el hijo de Buzi, fue uno de los deportados con Jeconías el año 595 antes de Cristo. Pertenece a la tribu sacerdotal. Vivía pacíficamente en su casa cuando al quinto año del cautiverio fue llamado por Dios al ministerio profético de modo solemne y pomposo. Es el profeta de los símbolos y visiones. Quiere abrir los ojos y los oídos a sus hermanos para que oigan y sigan a Yavé. El Señor quería encomendarle una importante misión para su Pueblo. Tuvo una preciosa visión que nos recuerda en el capítulo 2 y 3. Vio un rollo escrito por el anverso y el reverso y oyó una voz que le decía:

«Hijo de hombre, aliméntate y sacíate de este rollo que te doy». Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Entonces me dijo: «Hijo de hombre, ve a la Casa de Israel y háblales con mis palabras».

Todo libro bueno, todo cuanto escribieron estos santos que te voy a presentar como apóstoles de la buena prensa debe causar en nosotros los mismos efectos que este libro-rollo causó en el profeta Ezequiel. Y una vez asimilado, no quedarnos con ello en el corazón, sino ir, como él, presurosos, a ofrecerlo a todos

nuestros hermanos. Si lo hacemos así, muy mucho nos ayudará a saber valorar el apostolado de la escritura.

Nos podemos preguntar: *¿Qué son los libros?*

El eximio «Bachiller de Osuna» nos dejó este maravilloso testimonio: «Son los libros los mejores amigos que puede tener el hombre: silenciosos, cuando no se les inquiere; elocuentes, cuando se les pregunta; sabios, como que jamás sin fruto se les pide consejo; regocijados con el alegre; piadosos con el dolorido, y, tan humildes, que nada piden y ambicionan, y por ocupar poco espacio se dejan estar de canto y estrechos en los estantes...».

El «Papa de la sonrisa», Juan Pablo I, en *Ilustrísimos señores*, escribiendo a Mark Twain, nos regala esta lista de libros con su ingeniosa utilidad: «Un libro encuadernado en piel es excelente para afinar la navaja de afeitar; un libro pequeño, conciso —como saben escribirlo los franceses— sirve estupendamente para sostener la pata más corta de una mesita; un libro grueso como un diccionario, es un magnífico proyectil para lanzárselo a los gatos; y, finalmente, un atlas de hojas grandes tiene el papel más adecuado para ajustar las ventanas».

A la entrada de la Biblioteca del rey Osimandia de Egipto había un letrado que decía:

«Medicina animi-medicina del alma».

Un proverbio hindú, dice:

«Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora».

Y otro árabe:

«El mejor compañero en la adversidad es un buen libro».

Y en las *Mil y una noches*:

«Un armario de libros es el más hermoso de los jardines. Y un paseo por sus estantes es el más dulce y el más encantador de los paseos».

¿Qué son los libros? Contestan nuestros poetas:

Rubén Darío:

*«El libro es fuerza, es valor,
es poder, es alimento;
antorcha del pensamiento
y manantial del amor».*

Los hermanos Álvarez Quintero:

*«Amigo de los amigos
huesped de predilección,
eres amigo y maestro,
confidente y confesor;
compañero en las vigili-
as, en la pereza, aguijón;
en la soledad, recreo,
y en los cambios, mentor.*

Amador Nervo en el *Estanque de los lotos*:

*«Libros, que sois un ala (amor la otra)
de las dos que el anhelo necesita
para llegar a la verdad sin mancha».*

Ningún libro es completamente malo. De Plinio el Viejo, según su sobrino Plinio el Joven, es este pensamiento:

«No hay un libro tan malo que en alguna de sus partes no pueda ser útil».

Que es lo que con otras palabras repetirá el Bachiller Sansón Carrasco en el Quijote:

«No hay libro tan malo que no tenga algo bueno».

¿A qué podemos llamar libro bueno? Responde Adison:

«Un buen libro es un legado precioso que hace el autor a la humanidad».

Y Alcott:

«Es un buen libro aquel que se abre con interés y se cierra con provecho».

Y Federico Beltrán:

«Un libro que no merece ser leído dos veces no debe ser leído totalmente».

Y Marcel Prevost: *«El hallazgo afortunado de un buen libro puede cambiar el destino de un alma».*

A Séneca le interesaba que sobre todo fueran buenos: *«No es preciso tener muchos libros, sino tenerlos buenos».*

Un buen libro es el mejor amigo. Así lo dice Richer: *«Los libros nos dan consejos que no se atreverían a darnos nuestros amigos».*

Y Carlyle, añade:

«Una de las principales labores del hombre es cultivar la amistad de los libros».

Meléndez Valdés termina su oda *A mis libros*, diciendo: *«Siempre maestros de mi vida, siempre fieles amigos».*

Si el mejor amigo es un buen libro, será lógico que muchos hombres ilustres hayan dejado testimonio de que deseaban sólo estar rodeados de estos buenos amigos. Así decía Plinio:

«Los libros deben ser tanto más estimados que los hijos, porque los hijos del alma superan a los del cuerpo».

Y Persichetti:

«Los libros son el alimento del espíritu».

Nuestro eminente polígrafo Menéndez Pelayo, añadía:

«Quitarme de leer, es matarme».

Y Viada y Lluch:

*«Al verme de mis libros rodeado,
no envidio más riqueza, ni otro estado».*

Cicerón, añadía:

«Una habitación sin libros, es como un cuerpo sin alma».

Terminamos con un nuevo y simpático proverbio chino:

«Cada vez que abro un libro, siento que se me abre el corazón».

Ojalá fuera esto verdad para cada uno de nosotros: para los que escribimos y para los que leemos. Que nuestra meta fuera esta: Al tomar la pluma, el teclado de la máquina o del ordenador, lo mismo que al abrir un libro y hojearlo u ojearlo... que se nos abriese el corazón. Que tuviéramos como meta el transmitir algo bueno que llevamos en el corazón y queremos que llegue a todos los demás por aquello del refrán *«De la abundancia del corazón habla la boca, (escribe la pluma)».*

La lista de autores que han tratado este tema y los motivos que aducen los podíamos alargar en infinito. Basta con los testimonios ofrecidos para que sepamos apreciar, y, si podemos, practicar, el apostolado de la pluma, de la buena prensa, de los libros, que es uno de los medios más poderosos que hoy hay en el mundo para moverlo en la dirección que se quiera.

2. Importancia de este apostolado

Ya queda bien patente en cuanto hemos dicho, pero queremos enriquecer estos testimonios con dos más, muy interesantes y recientes.

El primero del ilustre escritor francés, muerto hace unos años, que hizo famoso el seudónimo de *Pierre l'Ermite* —*Pedro el Ermitaño*.

En 1948 el sacerdote y periodista Luis Sanz Burata hacía en *Ecclesia* una entrevista a este popularísimo sacerdote cuyo nombre era Emilio Loutil, ya muy anciano. Y entre otras muchas cosas el virtuoso e ilustre literato le habló de la omnipotencia y supremacía de la prensa.

—«¿Cree usted realmente en la eficacia de la prensa? —le preguntó el señor Burata.

—*La palpo* — contestó monseñor Loutil. *El más sencillo artículo mío tiene la omnipotencia y alcances indefinidos. Cuanto más envejezco, más me persuado de la omnipotencia de la prensa. En la iglesia de San Francisco de Sales, en misa de once los domingos, yo dirijo la palabra a mil quinientas personas, a lo sumo, y el recuerdo de mi sermón se desvanece rápidamente. Por el contrario yo elaboro un artículo y sé que medio millón de personas lo leerán o podrán leerlo. Créame: el rey del mundo es el periodista.*

No es exagerado. Son muchas las ruidosas conversiones motivadas por la buena lectura, y, al revés, muchos se hicieron criminales o ateos por el veneno que bebieron en malos libros. Es el resultado, en otra línea, del conocido refrán: «Dime con quién vas —qué lees— y te diré quién eres» (qué persona eres).

El segundo ejemplo que traemos a estas páginas todavía es más reciente y de mayor transcendencia por ser de quien es.

El protagonista es nada menos que nuestro santo Padre Juan Pablo I, aquel hombre de la permanente sonrisa que apenas soportó el peso del papado por espacio de 33 días. El también estaba convencido de la importancia capital que para el mundo de hoy tenía la prensa, el apostolado de la pluma.

Ya de joven sacerdote escribió un librito de Catequesis que

gustó mucho e hizo un gran bien. Al llegar de Patriarca de Venecia el periódico el *Gazzettino*, de amplia tirada y extendido por toda Italia, solicitó la colaboración al Sr. Cardenal y con frecuencia ocupaba la tercera página del periódico. Todos lo leían con fruición y aprovechamiento.

Pronto lo descubrieron los padres franciscanos de Padua y le rogaron que cada mes escribiera un artículo en su popularísima revista *Il Messaggero di Sant'Antonio* que tenía una tirada de más de millón y medio de ejemplares. Aquí escribía unas originales y jugosas cartas a personajes ilustres, históricos o ficticios, que gustaron mucho a los lectores. Después fueron publicadas en un libro que se tituló *Ilustrísimos Señores*.

Al cardenal Albino Luciani —futuro Juan Pablo I— le encantaba predicar y también era consciente de la eficacia de la predicación, pero reconocía que el ámbito de la escritura era mucho mayor y por ello solía decir, con gracia:

«Cuando hablo en la catedral de San Marcos me escuchan cuatrocientas o quinientas personas. De estas unas doscientas son turistas desconocedores del idioma italiano. Las trescientas restantes son “mis incondicionales»: la mitad bienaventuradas viejecitas. En cambio si escribo en el Gazzettino tendré cincuenta mil lectores. Y si escribo en el Messaggero di Sant'Antonio conversaré con millón y medio...».

3. El Concilio Vaticano II y la prensa

Del 1962 al 1965 se celebró el gran acontecimiento eclesial del Concilio Vaticano II. En sus documentos se habla repetidamente de una o de otra forma de la capital importancia que para implantar el Reino de Jesucristo en el mundo de hoy tienen los medios de comunicación social.

Uno de los nueve Decretos que fueron publicados por el Concilio fue el dedicado explícitamente a este tema tan trascendental. Este decreto fue aprobado por el papa Pablo VI el 5 de diciembre de 1963.

Vale la pena recordar la introducción a este importante Decreto: «Entre los maravillosos inventos de la técnica que, prin-

principalmente en nuestros días, extrajo el ingenio humano, con la ayuda de Dios, de las cosas creadas, la Madre Iglesia acoge y fomenta aquellos que miran principalmente al espíritu humano y han abierto nuevos caminos para comunicar facilísimamente noticias, ideas y órdenes. Entre tales instrumentos sobresalen aquellos que por su naturaleza no sólo pueden llegar a cada uno de los hombres, sino a las multitudes y a toda la sociedad humana, como la prensa, el cine, la radio, la televisión y otros que, por ello mismo, pueden llamarse con toda razón medios de comunicación social».

En el cuerpo del Decreto se dictan normas muy sabias y prácticas para el recto uso de los medios modernos de comunicación social. Hace responsables de ello tanto a los gobernantes como a los padres de familia. Exhorta a los obispos de cada nación a que se dedique un día al año a celebrar estos medios de comunicación para fomentar la justicia, la honestidad de costumbres y el desarrollo de la verdad. Y en el número 14 a-d, añade:

«Foméntese, ante todo, la prensa honesta. Pero para imbuir plenamente de espíritu cristiano a los lectores, créese y desarróllese también una prensa genuinamente católica».

Y poco antes había advertido:

«Ejérsese especial tutela para proteger a los jóvenes de la prensa y de los espectáculos que sean perniciosos a su edad» (n. 12-c).

El *Catecismo de la Iglesia católica* también ha dedicado un merecido espacio a este tema de los mass-media, especialmente la prensa. Por ejemplo en el n.2497 afirma:

«Por razón de su profesión en la prensa, sus responsables tienen la obligación, en la difusión de la información, de servir a la verdad y de no ofender a la caridad. Han de esforzarse por respetar con una delicadeza igual, la naturaleza de los hechos y los límites y el juicio crítico respecto a las personas».

Los papas y obispos de todo el mundo recuerdan continuamente el recto uso de estos medios, especialmente la prensa, para bien de toda la humanidad, y en especial para la tutela de aquella parcela a ellos encomendada.

4. Valiosos testimonios sobre la importancia de la lectura espiritual

Desde que Jesucristo instituyó su Iglesia siempre y en todas partes se levantaron hombres y mujeres que con su pluma ejercieron un maravilloso apostolado para fomentar el bien y ayudar así a extender el Reino de Jesucristo en el mundo.

Nos limitamos aquí a traer algunos testimonios que muy mucho nos ayudarán a apreciar este apostolado hoy tan eficaz.

Santo Tomás de Aquino al estudiar que «somos instrumentos de Dios» afirmaba:

«El Espíritu Santo se sirve de la palabra del hombre como de un instrumento. Pero es El el que interiormente perfecciona la obra».

Los santos y escritores cristianos nos ponen en guardia contra los falsos profetas, los que saben decir cosas bonitas pero falsas en el fondo. Los que propagan doctrinas y costumbres corrosivas. De aquí la importancia que todos ellos dan a la sólida formación cristiana que tan necesaria es, sobre todo, para saber distinguir el bien del mal, el oro de la hojarasca. El papa San León Magno recomendaba en un sermón cuaresmal:

«Querría que, así como os apartáis de los placeres de los deseos carnales, cerráseis también los sentidos de vuestra alma a las doctrinas del error».

Y Casiano en sus famosas *Colaciones*:

«Algunos se dejaron seducir por el brillo de un lenguaje acicalado y por ciertas máximas de los filósofos. Estas, a primera vista, no parecían estar en pugna con nuestros sentimientos religiosos ni en desacuerdo con nuestra fe. Tenían el brillo del oro; pero en realidad era un brillo falso, postizo. Por eso, después de haberse dejado engañar con esta apariencia de doctrina que, en la superficie, parecía inocua y verdadera, se encontraron de pronto en la miseria más absoluta, como quienes se han provisto sólo de moneda falsa».

San Cirilo en su *Catena Aurea*, añadía:

«La antorcha encendida significa que no debemos permitir que nadie viva en las tinieblas de la ignorancia».

Hay que fomentar la *lectura espiritual* como uno de los po-

derosos medios para progresar en el camino de la santidad a la que todos estamos llamados (Mt. 5,48 y Lc. 6,36). Los autores cristianos siempre han recomendado su ejercicio como medio poderoso y necesario para todos los estados y edades. Hoy, por desgracia, se lee poco, muy poco y habría que fomentar la lectura de la Sagrada Escritura y de libros buenos, especialmente las Vidas de los Santos que tanto estimulan a «*ser como ellos*».

San Jerónimo, en su Epístola 54 daba este sabio consejo:

«Lee unos versículos de la Escritura cada día y los escritos espirituales de hombres doctos, cuidando, sin embargo, de que sean autores de fe segura, porque no hay que ir buscando el oro en medio del fango».

El experimentado San Gregorio Magno a estas recomendaciones añadía estas otras:

«Debemos conocer la vida de los santos, para afinar en la corrección de nuestra propia vida... y así, el fuego de la juventud espiritual, que tiende a apagarse por el cansancio, revive con el testimonio y el ejemplo de los que nos han precedido».

Tiene gran importancia el consejo que el mismo San Pablo daba a su discípulo Timoteo y que debemos procurar aplicárnoslo nosotros:

«Dedícate a la lectura» (1 4,13).

San Jerónimo, fiel intérprete de las Escrituras, añadía: *«Nunca caigan de tus manos los Libros Sagrados».* Consejo que amplía el beato Escrivá de Balaguer: *«No dejes tu lectura espiritual. La lectura ha hecho muchos santos».*

Y el experimentado autor de la *Imitación de Cristo* (I,5,1), añadía:

«De tan buena gana debemos leer los libros sencillos y devotos como los profundos. No mires si el que te escribe es de mucha o pequeña ciencia, sino que te lleve a leer el amor de la pura verdad. No te preocupes quién lo ha dicho, mas mira qué ha dicho».

¿Cómo haremos nuestra lectura espiritual para que sea provechosa? El que fue sabio y prudente director de la gran Santa Teresa de Jesús, San Pedro de Alcántara, que mucho sabía de esto, nos dicta estos sabios consejos para sacar el máximo provecho espiritual posible de ella:

«La lectura espiritual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada; aplicando a ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare algún paso devoto, deténgase algo más en él para mejor sentirlo».

Bonita la explicación que el experimentado Padre San Basilio daba a los jóvenes de su tiempo en un famoso *Discurso* que les dirigió, pero continúa siendo válido hoy y para todos: *«Debéis seguir al detalle el ejemplo de las abejas. Porque éstas no se paran en cualquier flor ni se esfuerzan por llevarse todo de las flores en las que se posa su vuelo, sino que una vez que han tomado lo conveniente para su intento, lo demás lo dejan en paz.*

También nosotros, si somos prudentes, extrayendo de estos autores lo que nos convenga y más se parezca a la verdad, dejaremos lo restante. Y de la misma manera que al coger la flor del rosal esquivamos las espinas, así al pretender sacar el mayor fruto posible de tales escritos, tendremos cuidado con lo que pueda perjudicar los intereses del alma».

El mismo santo Padre pone alerta a los cristianos sobre los malos libros que pueden caer en sus manos ya que pueden, fácilmente, inducirles, solapadamente, a los caminos del mal:

«El leer o escuchar las palabras de los perversos es un camino para llegar a los hechos. Por eso, con todo cuidado debemos guardar nuestra alma, no sea que a través de un estilo o palabra agradables, sin sentirlo, admitamos algo peor, como los que toman veneno mezclado con miel.

No hemos de aceptar todo sin más ni más, sino lo que nos sea útil. Pues no podemos apartar lo dañoso tratándose de alimentos, y no tener cuenta alguna con las lecturas, que alimentan el alma, y lanzarse a cualquier cosa como se presente, como el torrente que arrastra consigo lo que encuentra».

5. Necesitamos un guía

Cuenta el filósofo Séneca un caso verdaderamente curioso que fue protagonizado por su misma esposa, Arpante. Estando

durmiendo quedó improvisadamente ciega. Al despertarse hizo abrir las ventanas, pero en vano. Salió a la calle, y lo mismo. Séneca, contando este episodio, dice:

«Cosa increíble pero verdadera: mi mujer estaba ciega y no quería creerlo. Creyó más bien que la luz había desaparecido del mundo y que las tinieblas lo llenaban todo».

También hoy hay mucho ciego en el mundo, pero lo peor es que no quieren convencerse de su ceguera y creen que son los otros quienes están en el error.

Si vamos a buscar algo a una habitación oscura y no llevamos luz será fácil que nos demos un buen coscorrón contra el primer objeto que tropecemos. La buena lectura nos hará de resplandeciente lámpara en el camino que estamos recorriendo desde el nacimiento hasta la muerte. Estamos atravesando un tenebroso túnel y tenemos necesidad de una buena lámpara que nos guíe, que nos ilumine en nuestro peregrinar.

El santo rey de Hungría, San Esteban, en las crudas y nevadas noches de invierno solía ir a visitar los sagrarios de las Iglesias más abandonadas. Le acompañaba un criado que, tiritando de frío, apenas podía seguir al fervoroso rey.

Al darse cuenta de ello el rey san Esteban, le dijo:

—*«Coloca tus pies donde deje las huellas de los míos».*

Así lo hizo, y desde entonces notaba como que un calorcillo especial le subía hacia todo su cuerpo. Es el calorcillo espiritual que sienten las almas que saben aprovecharse de la buena lectura. ¡Cuántas veces hemos oído afirmar a personas de diferentes edades y condiciones el bien enorme que en cierta ocasión recibieron por la lectura de la Sagrada Escritura o de un libro bueno!

El día 16 de julio de 1212 fue un día histórico para España: La Victoria de las Navas de Tolosa. Fue un golpe mortal para los seguidores de Mahoma que pretendían apoderarse del suelo español desterrando para siempre el nombre de Jesucristo. La diferencia de los ejércitos era enorme. La derrota parecía amenazar al pendón cristiano. Pero he aquí que un pastor desconocido se presenta ante el Monarca y le explica con riqueza de detalles la topografía del lugar. Si siguen sus consejos atacando al enemigo desde los puntos que él indica... la victoria cristiana

será un hecho. Vieron como cosa de la Divina Providencia aquel aviso. Se puso en práctica... y las huestes cristianas, a pesar de ser muy inferiores, tanto en número como en armamentos, derrotaron a sus enemigos.

Se habían dejado guiar por un experto pastor. También hoy habrá que dejarse guiar por un experto director, que será siempre la Palabra de Dios, el Magisterio de la Iglesia y los buenos libros.

Dante en su inmortal *Divina Comedia* ha puesto de relieve la importancia de un buen guía, que dependerá muy mucho del lugar hacia dónde nos dirigimos. Venimos de Dios y vamos a Dios. El medio, los medios mejor dicho, para llegar hasta la meta señalada desde que nacemos es la gracia de Dios que nos llega hasta nosotros por múltiples conductos. Uno de ellos es, sin duda, la buena lectura.

Hace ya muchos años escribía una trilogía de libros a los que dí estos curiosos títulos: *Como ellos*, *Como ellas* y *Más como ellos y ellas*, como queriendo indicar que eran “NUESTROS MODELOS”. En ese centenar de vidas ejemplares resaltaba, especialmente, la faceta mariana en la que se distinguieron todos los biografiados.

En las introducciones a estos tres volúmenes y también al que era como abertura para todos ellos, titulado *Como ELLA*, recogí cantidad de testimonios y anécdotas sobre la necesidad de IMITARLES, de ser SUS COPIAS.

Si algun de nuestros lectores sintiera interés por este tema acuda a las fuentes citadas.

II

SIETE MODELOS PARA HOY

1. Su número es incontable

Hay bonitas leyendas en casi todas las antiguas Órdenes religiosas que nos recuerdan que el número de sus Santos es incontable. Por ejemplo de la Orden del Carmen, a la que tengo la dicha e inmerecido honor de pertenecer, te ofrezco nada más que estos dos datos que, mutatis mutandis, podemos trasvasar a las demás Órdenes o Institutos religiosos masculinos y femeninos.

El primero se trata de una hipérbole muy clara pero que en el fondo tiene mucho de verdad y tiene aún mayor valor por tratarse de un extraño de la Orden.

El célebre historiador y humanista benedictino P. Juan Tritemio, uno de los mejores analistas de la Orden de San Benito (+1516), en un libro que escribió sobre la Orden del Carmen, dijo:

«Quien sea capaz de contar las estrellas del cielo sólo ese será capaz de contar los santos de esta Orden carmelitana».

Esta frase cuando yo la oí, a mis doce añitos, fue la causa externa que me movió a abrazar la vida del Carmelo a pesar de que antes era tan reacio a ellos que sólo nombrarme la posibilidad de ser sacerdote o religioso me ponía a llorar. El relato daría tela para una interesante novela. Pero fue esto, el conocer la abundancia de santos que tenía esta Orden lo que me hizo reflexionar y cambiar. En silencio me hice este argumento: «Cura como mis hermanos —ya tenía tres en el seminario estudiando para sacerdotes— no quiero ser; fraile carmelita —tan poco atractivo como el que contaba este relato a mis tíos Romualdo y Rafaela— menos todavía, pero, santo, sí. Si en esta Orden hay

tantos santos debe ser fácil hacerse santo en ella. Me hago carmelita y a los pocos años ya seré santo»... Yo pobre de mí no sabía lo difícil que era llegar a la meta señalada por Jesús en su Evangelio: «*Sed santos como el Padre celestial es santo*» (Mt. 5,48). Y: «*Sed misericordiosos como el Padre celestial es misericordioso*» (Lc. 6,36).

El segundo hecho lo recogen nuestros mejores historiadores, entre ellos el célebre Balduino Leersio, muerto el 1483, quien en su libro *Colectaneo exemplorum et miraculorum*, en su capítulo 13, dice:

«*Un devoto religioso carmelita contempló a la Santísima Virgen vestida con el hábito de la Orden. Dos ángeles sostenían su manto blanco. Bajo él estaban protegidos infinidad de religiosos y religiosas de la Orden carmelitana*».

Los santos y santas de todos los tiempos que sabían leer y escribir no hay duda de que se sirvieron de estas dotes —lectura y escritura— para su propio provecho espiritual y el de sus hermanos.

Muchos de los santos fueron fecundos escritores y valientes apologistas de la causa de Jesucristo y de su Iglesia.

Para ser declarados Padres de la Iglesia y Doctores de la Iglesia —que son dos rangos diferentes— una de las condiciones que exige la Iglesia es SU DOCTRINA: que hayan escrito de acuerdo con la doctrina de la Iglesia y que su aportación haya sido de cierto valor doctrinal.

Otros muchos santos que no forman parte de los Padres ni Doctores de la Iglesia fueron también fecundos escritores y muchas personas han encontrado una excelente ayuda en su camino de santidad varios siglos aún después de que su voz se dejó ya de oír.

Por ello la escritura es mucho más eficaz y duradera que la palabra que deja de escucharse con la muerte del predicador. El libro es como un sermón que descansa y que cuando yo quiero puedo volverlo a escuchar.

Conocido es que San Ignacio de Loyola se convirtió por la lectura de dos libros: *La Vida de Jesucristo* y las *Vidas de los Santos*.

Una santa de nuestros días, mártir del nacismo, la Beata

Edith Stein se convirtió a nuestra religión por la lectura de la Vida de Santa Teresa. Y así muchos otros.

Habría que pensar en la pobreza de nuestra doctrina si San Pablo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, todos los autores cristianos, no hubieran enriquecido el acervo doctrinal de la Iglesia con sus maravillosos y abundantes escritos.

Aquí nos limitamos a presentar siete —¿por eso de ser el siete número perfecto en la Biblia?— ejemplares de santos próximos a nosotros. Pero ellos nos están gritando:

«*Como nosotros, todos los demás*».

2. San Francisco de Sales

a) Síntesis biográfica

Se le llamó «*uno de los más fieles trasuntos del Redentor*».

Nació en Saboya el año 1567 de los marqueses de Sales. Se educó en Annecy, en París y en Padua. En 1593 se ordenó sacerdote. Pasaba largas horas en oración. «*Las almas se ganan con las rodillas*», confesaba.

Su celo apostólico no tenía fronteras: atiende sin pisas el confesionario, predica, asiste a todos los necesitados.

La provincia de Chablais había caído bajo el protestantismo. Hacia allá se dirige con su primo Luis para devolver aquellas ovejas al redil. Fue un trabajo paciente y costoso.

Y aquí empezó su oficio de **Periodista**. Redactaba unas hojas sueltas, las célebres *Controversias*, que luego llegaban hasta los protestantes. Así le leerán los que no acudían a oírle.

Pero no sólo eran los protestantes los que no acudían a oírle. Eran también muchos indolentes católicos que por pereza o falta de interés no acudían a sus sermones. Francisco discurría para ver qué y cómo podía hacer que la Palabra de Dios llegara hasta los hogares de todos. Para ello escribía los sermones en hojas volanderas que periódicamente hacía repartir por todos los hogares para explicarles las verdades de la fe y aquellas cosas fundamentales que debe saber un católico.

A él se debe la conversión de más de sesenta mil calvinistas.

El obispo Granier, que ve los frutos de la predicación y de la pluma de Francisco, lo recomienda como su sucesor. El año 1603 fue consagrado obispo.

Multiplicó ahora su tarea apostólica: catequesis, predicación, escritura, celebración de sínodos diocesanos.

Las dificultades eran numerosas. Entre otras la situación de la diócesis, que comprendía zonas de Saboya, Francia y Suiza. Era obispo titular de Ginebra, pero desde la revolución protestante los obispos residían en Annecy. Un día Enrique IV, rey de Francia, le ofreció un rico obispado. Francisco contestó:

«Me he casado con una mujer pobre. No puedo dejarla por otra más rica».

Francisco se encontró en su camino con un alma excepcional, santa Juana Francisca Fremiont de Chantal. Entre los dos surgió una honda amistad, ejemplo típico de equilibrio afectivo de dos almas que caminaban hacia Dios. Juntos fundaron la Orden de la Visitación, que consiguió pronto óptimos frutos.

Su vida era muy intensa. En París se encontró con san Vicente Paul que dirá después:

«¡Qué bueno será Dios cuando tanta suavidad hay en Francisco!».

Vuelve a su diócesis y al llegar a Lyon se siente desfallecer.

Al principio de este año —1622— el papa hizo una solemnísima ceremonia en San Pedro del Vaticano al canonizar a la vez a cinco santos famosos, cuatro españoles y uno italiano: Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Isidro Labrador, San Felipe Neri y San Francisco Javier. Al enterarse de ello nuestro santo obispo dijo con gran humildad y valentía a la vez:

«Ya son tres los Franciscos canonizados (el de Asís, el de Paula y el de Javier). El cuarto, seré yo».

Lo tomó en serio, y lo consiguió. Es el poder de un QUIERO.

Allí rindió su alma al Señor con la calma y serenidad de toda su vida. Era el 28 de diciembre de 1622, a los 56 años de edad. Fue canonizado el 1665 y declarado Doctor de la Iglesia el 1877 por el papa Pío IX.

Francisco fue duro consigo mismo y suave con los demás. Este es el lema de los santos. Es el santo de la dulzura y equili-

brio. El apóstol de la amabilidad. A pesar de su fuerte temperamento fue

«*el más dulce de los hombres y el más amable de los santos*».

Se cuenta que al hacerle la autopsia, encontraron su hígado endurecido como una piedra, explicable por la violencia que se había hecho a lo largo de toda su vida aquel hombre de fuerte carácter que en el trato era todo delicadeza y suavidad. La Cofundadora de su Orden, que lo conoció muy bien, pudo afirmar de él:

«*En los negocios más graves derramaba palabras de afabilidad cordial, oía a todos apaciblemente, siempre dulce y humilde*».

Cuando San Juan Bosco —otro gran santo de su misma línea que merecería también entrar a formar parte de este folleto pues también fue celoso propagador de la prensa por medio de sus propios escritos y los de los demás— buscó un Protector para su nueva familia religiosa y lo encontró en él, y por eso sus hijos se hallan extendidos en todo el mundo con el nombre del apellido de Francisco: *salesianos y salesianas*.

b) apóstol de la prensa

Uno de sus más ricos apostolados fue el de la pluma.

En las brevísimas notas que traemos en su *síntesis biográfica* recordamos la estratagema de que se servía el sacerdote, primero, y el obispo, después, para hacer que sus sermones llegasen hasta los hogares o personas que no acudían a escucharle a la iglesia. Allí nació el PERIODISTA.

Preciosos y actualísimos son sus libros tan conocidos:

Tratado del amor de Dios. El arte de aprovechar nuestras faltas. Cartas. Controversias. Y quizá su mejor libro, de perenne actualidad, *Introducción a la vida devota*, que comprende una serie de normas para santificarse en el mundo.

Bien merecido tiene el título de DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRONO DE LOS PERIODISTAS CATÓLICOS.

El papa Pío XI en 1932 lo declaraba Patrón de todos los

periodistas y editores católicos, pues verdaderamente fue un pionero en estas lides.

Entre las muchas citas que pudiéramos traer de él sobre el tema que nos ocupa, bastan estas de muestra:

En la *Introducción a la vida devota* da estos buenos consejos, hoy tan necesarios también:

«Ten siempre a la mano algún libro bueno y devoto... y lee todos los días un poco con gran devoción, como si leyeras cartas que los Santos te hubiesen escrito desde el cielo, para enseñarte el camino y animarte a ir allá. Lee también las historias y vidas de los Santos, en las cuales como en un espejo, verás el retrato de la vida cristiana, y acomoda sus acciones a tu provecho según tu vocación».

En la *Carta a un joven*, el 8.12.1616, le advertía:

«Guárdate, sobre todo, de malos libros; por nada del mundo te seduzcan ciertas obras muy admiradas de los cerebros débiles que hacen gala de ponerlo todo en duda, de menospreciarlo todo y de burlarse de toda norma tradicional. Búscate por el contrario, libros de sólida doctrina, cristianos y espirituales, para recrearte siempre».

Considerando al hombre como si fuera un árbol precioso, decía:

«La lectura espiritual es la raíz, la meditación es el tronco y las ramas, y la oración es la flor que produce los frutos de todas las virtudes».

San Francisco de Sales por medio de sus libros ha ejercido y sigue ejerciendo una gran influencia en toda la espiritualidad cristiana.

3. San Luis María Grignon de Monfort

a) síntesis biográfica

Francia, la «Hija predilecta de la Iglesia», ha regalado a esta misma Iglesia hombres y mujeres famosos en santidad. Uno de ellos, de los últimos tiempos, el gran apóstol de la devoción a la Virgen María, San Luis María.

Nació en Montfort el año 1673. Fue el segundo de dieciocho hermanos. Su padre era bastante totalitario y de temperamento un tanto brusco. Dos personas influyeron sobre todo en su educación y carácter: su padre, aunque trabajará durante toda su vida por corregirse de sus excesos, y su buena nodriza, pues al no poder educarle su madre fue entregada su custodia y educación a una piadosa mujer.

Fue enviado a Rennes, al colegio de los padres jesuitas, con los que estudió por espacio de ocho años.

Durante este tiempo trabó una gran amistad con los religiosos carmelitas de la ciudad que gozaban de merecida fama de santidad y ejemplar observancia, amén de una profunda y filial devoción hacia la Virgen María. Entre aquellos religiosos que pertenecían a la célebre reforma Turonense, aprendió la doctrina que después extendería por todo el mundo y que llegaría hasta nosotros haciendo un gran bien en las almas. Es el

«hacerlo todo con María, por María, para María...».

Doctrina y práctica que más de medio siglo antes de nuestro santo habían extendido el célebre místico carmelita venerable P. Miguel de San Agustín (+1684) y su dirigida, la también venerable María Teresa Petyt (+1677), terciaria seglar carmelita.

Le gustaba pasar largos ratos ante la Virgen de la Paz que se veneraba en la iglesia de los carmelitas de Rennes. Un día le pareció oír de labios de la Virgen María:

«Serás sacerdote».

Saltó de alegría su corazón y ya no pensó en otra cosa que en prepararse lo mejor posible para aquel paso de tanta importancia que esperaba dar un día. Por fin el 5 de junio de 1700 llegó el día de su ordenación sacerdotal. Desde entonces se entregó de lleno a su misión evangelizadora.

Su gran amigo Blain decía que cuando celebraba la Eucaristía *«lo hacía como un ángel».*

Para el ardoroso corazón del novel sacerdote Don Luis María no había dificultades. Abarcaba todos los apostolados, pero desde muy pronto se distinguió en dos; su amor a los pobres y enfermos y su celo por propagar la devoción a la Virgen María, la *Madre Amable*, como había aprendido a llamarla de los religiosos carmelitas.

Durante aquellos años estaba muy extendida la herejía del jansenismo. Se trataba de un rigorismo exagerado que alejaba a los cristianos del templo y que pintaba un Dios demasiado severo, punitivo y lejano. Se burlaban de todas las prácticas tradicionales de la Iglesia. A esta la atacaban con rabia. Se habían infiltrado hasta en los seminarios y en las mentes de algunos eclesiásticos y monjas. Por ello el joven sacerdote Luis María los atacaba con fuerza y celo lleno del Espíritu Santo. El abate Montfort trataba de desenmascararlos y en sus fogosas misiones no los dejaba tranquilos ni de noche ni de día. Por ello decían:

«Tememos más al abate Grignon de Montfort que a todos los demás sacerdotes de la diócesis. Donde está él no podemos hacer nada».

A su ardiente celo no le bastaba con los enfermos, los pobres y la lucha contra los herejes. El quería ir a misiones para allí gastar su vida por Cristo. Repetidas veces lo pidió a los superiores. Todos le aconsejaban que su misión era luchar en su propia patria como lo que estaba haciendo.

A pesar de ello quiso conocer el parecer del santo Padre y marchó a Roma para exponer su caso al papa Clemente XI el año 1706:

—*«Santo Padre, vengo a pedir su bendición para ir a las misiones y gastar mi vida por Cristo...».*

—*Hijo mío* —le contestó el santo Padre que ya había oído del celo que desplegaba en toda Francia aquel joven sacerdote que tenía a sus pies— *su misión es quedarse en Francia y predicar el evangelio y defender la doctrina de la Iglesia...».*

La vida toda del abate Montfort no estuvo sembrada de rosas. La cruz le acompañó a lo largo de toda ella. El mismo dirá después que no podía vivir sin la cruz. No le faltaron incomprendimientos, calumnias... pero la *«Reina de los corazones»*, como llamaba a la Virgen María, le sacaba siempre de sus apuros.

En sus misiones y correrías apostólicas solía ir acompañado de un grupito de sacerdotes. A petición de ellos fundó la *Congregación de sacerdotes de la Compañía de María o Montfortianos*, como se les conoce hoy y están extendidos en muchas partes del mundo.

Aquel hombre que había recorrido toda Francia predicando a Jesucristo, defendiendo a la Iglesia y propagando la devoción a la Madre Amable a la temprana edad de cuarenta y tres años ya estaba maduro para volar al cielo. Antes llamó a sus religiosos y, desde el lecho, les dirigió estas palabras:

—«*Hijos míos, amad al Señor y a su Madre. Vivid vuestra consagración... Sed fieles a cuanto habéis prometido. Desde el cielo pediré por vosotros... Cuando expire colocad mi corazón debajo de la tarima del altar de la Virgen...*».

Era el 27 de abril de 1716.

b) apóstol de la prensa

San Luis María fue también apóstol de la pluma y algunos de sus escritos han llegado hasta nosotros y se han difundido por todo el mundo. Famosos son sus libros: *Tratado de la verdadera devoción. El Secreto del Santísimo Rosario. El Secreto de María. Los amigos de la Cruz, etc.*

Tanta ha sido su influencia que hasta el mismo papa Juan Pablo II ha tomado como lema de su pontificado la frase de san Luis María: *Totus tuus, Todo tuyo.*

Por todo cuanto podíamos aducir aquí sobre el apostolado que ejerció con su pluma creemos vale la pena transcribir lo que el santo dice cómo serán los apóstoles de los últimos tiempos, es decir, que el Santo hace una bella profecía de cómo, para que el apostolado de hoy sea eficaz, debe ser un apostolado profundamente mariano, en María y con María para que ella nos lleve a hacerlo todo con Jesús, por Jesús y para Jesús.

Dice el Santo:

«*Sí, Dios quiere que su Madre Santísima sea ahora más conocida, más amada, más honrada que lo ha sido jamás. Y esto se logrará, sin duda, si los predestinados, con la gracia y luz del Espíritu Santo, entran y penetran en la práctica interior y perfecta de la devoción que les voy a manifestar.*

Entonces verán claramente, en cuanto les permite la fe, a esta hermosa estrella del mar, y, guiados por ella, llegarán a puerto seguro a pesar de las tempestades y de los piratas.

Entonces conocerán las grandezas de esta Soberana y se

consagraran enteramente a su servicio como súbditos y esclavos de amor.

Entonces saborearán sus dulzuras y bondades maternas y la amarán tiernamente como hijos predilectos.

Entonces experimentarán las misericordias de que Ella está llena y la necesidad que tienen de su socorro, recurrirán del todo a Ella, como a su querida Abogada y Mediadora ante Jesucristo.

Entonces sabrán que María es el remedio más seguro, el más fácil, el más corto y el más perfecto para ir a Jesucristo, y se consagraran a Ella en cuerpo y alma y sin reserva alguna para pertenecer del mismo modo a Jesucristo.

Pero ¿qué serán estos servidores, esclavos e hijos de María?

Serán fuego encendido, ministros del Señor que prenderán por todas partes el fuego del amor divino.

Serán flechas agudas en la mano poderosa de María para atravesar a sus enemigos, como saetas en manos de un guerrero.

Serán hijos de Leví, bien purificados por el fuego de grandes tribulaciones y muy unidos a Dios. Llevarán en el corazón el oro del amor, el incienso de la oración en el espíritu, y en el cuerpo, la mirra de la mortificación.

Serán en todas partes el buen olor de Cristo para los pobres y los sencillos; pero para los grandes del mundo, y los ricos orgullosos serán olor de muerte.

Serán nubes tronantes que volarán por el espacio del menor soplo del Espíritu Santo, sin apegarse a nada, y sin inquietarse por nada, derramarán la lluvia de la palabra de Dios y de la vida eterna. Tronarán contra el pecado y echarán rayos contra el mundo descargando golpes mortales contra el demonio y sus secuaces, y con la palabra de Dios, cual espada de dos filos, traspasarán a todos aquellos a quienes sean invocados de parte del Altísimo.

Estos serán los verdaderos apóstoles de los últimos tiempos a quienes el Señor de los ejércitos dará la palabra y la fuerza para obrar maravillas y ganar gloriosos despojos sobre sus enemigos. Vivirán sin plata ni oro, y, lo que más cuenta, sin preocupaciones temporales entre los demás sacerdotes y clérigos, y, sin embargo, tendrán las alas plateadas de la paloma para volar con la pura intención de la gloria de Dios y la salva-

ción de los hombres a donde los llame el Espíritu Santo, y no dejarán tras de sí, en los lugares donde predicaren, mas que el oro de la caridad, que es el cumplimiento de toda ley.

Los apóstoles de los últimos tiempos, sabemos, en fin, que serán verdaderos discípulos de Jesucristo, que caminando sobre las huellas de su pobreza, humildad, desprecio del mundo y caridad evangélica, enseñarán la senda estrecha de Dios en pura verdad, conforme al santo Evangelio, y no según las máximas del mundo, sin inquietarse por nada ni hacer acepción de personas, ni dar oídos ni escuchar, ni temer a ningún mortal por poderoso que sea.

Llevarán en la boca la espada de dos filos de la palabra de Dios; sobre sus hombros el estandarte ensangrentado de la cruz; en la mano derecha, el crucifijo; el rosario en la izquierda; los sagrados nombres de Jesús y de María en el corazón, y en toda su conducta la modestia y la mortificación de Jesucristo.

Tales serán los grandes hombres que han de venir. María los formará por orden del Altísimo para extender su imperio sobre el de los impíos, los idólatras y mahometanos. Pero, ¿cuándo y cómo será esto? ¡Sólo Dios lo sabe! A nosotros nos toca callar, orar, suspirar y esperar...».

(Tratado de la verdadera devoción, c. I, nn. 55-59).

Así serán —deberán ser— los apóstoles de la prensa, de estos últimos tiempos que nos toca vivir: Apóstoles, sobre todo, a imitación de María. ELLA nos trajo por vez primera a Jesús, y, ahora, este mundo que le ha abandonado, deberá volver de nuevo a Jesucristo por medio de MARÍA.

4. San Alfonso María de Ligorio

a) síntesis biográfica

Se cuenta en la vida de este gran apóstol de la pluma, la mayor autoridad en la teología moral y celoso propagador de la devoción a la santísima Virgen, que al nacer en Marianela de Nápoles, lo tomó en sus brazos un misionero que estaba en aquel lugar y dijo de él:

«Este niño será obispo, vivirá cerca de cien años y hará grandes cosas por Jesucristo».

¿Era un profeta? Lo cierto es que las tres cosas se cumplieron en aquel niño.

Su padre era militar y le hubiera gustado que su hijo siguiera sus pasos, pero viendo que le atraían mucho los libros dijo, no sin gran pena:

«Está visto que más que para las armas el niño vale para las letras. Le haremos un buen abogado».

La encantadora vida de este popular santo la hemos publicado en dos ediciones en esta misma *Editorial de Apostolado mariano*. Si te interesan los detalles de su vida ejemplar puedes acudir a ellos.

De la rica biblioteca de su padre tomaba libros que los devoraba y trataba de asimilar cuanto bueno decían.

Tanto progresó en los estudios que a los doce años se matriculó en la universidad y a los dieciseis recibía la toga de Doctor en ambos Derechos. Su dedicación no se limitaba a las leyes. Le atraen también la música, la danza, la pintura, el esgrima, los idiomas modernos.

Cierto día, un tanto desengañado con la carrera que desempeña, dice a un compañero:

«Amigo mío, nuestra vida es muy desgraciada y lo peor aún es que corremos el peligro de tener una mala muerte. Esta carrera no me conviene, tendré que abandonarla para asegurar la salvación de mi alma».

Su padre ya que no ha salido con la suya en cuanto a la carrera de su hijo Alfonso María quiere ahora influirle para que acepte como esposa a la preciosa hija de los condes de Presicio. Alfonso por toda respuesta le dice:

—*«Bueno, padre, ya lo pensaré».*

Su decisión ya estaba echada. Cuando ya sea un venerable anciano contará de dónde sacó fuerzas para dar el adiós al mundo y abrazar la vida sacerdotal:

—*«La visita al Santísimo, mis prolongados ratos de oración y tierna devoción a la Virgen María fueron las tres cosas que más me ayudaron a dar el cambio en mi vida».* Ese mismo día hizo este propósito:

«La Iglesia me honra concediéndome este don, yo procuraré honrar a la Iglesia trabajando incansablemente por ella, con mi pureza, con mi santidad».

Una vez ordenado sacerdote se entregó de lleno al apostolado en todas sus vertientes: predicación, administración de sacramentos, ayuda a los necesitados, atención a los niños y enfermos...

Como la tarea era demasiada para él, pidió ayuda. Algunos piadosos sacerdotes, después de cierto tiempo que tan gustosamente trabajaban a su lado, le abordaron:

—«Padre Alfonso, ¿por qué no nos acepta como grupo organizado a su servicio?».

A esta petición vino a sumarse la confianza de la venerable religiosa Celeste Costrarosa, que le dijo:

—«Padre Alfonso, Dios me ha revelado que comunique a Vd. que funde una Congregación religiosa para ayudar al Redentor en su gran tarea de salvar a la humanidad».

Nuestro santo pidió consejo. Oró fervorosamente, y el 9 de noviembre de 1732, fundaba la Congregación del Santísimo Redentor.

A pesar de su gran resistencia por fin hubo de aceptar el obispado de Santa Águeda de los Godos. Contaba 66 años cuando el papa Clemente XIII le obligó a aceptar esta nueva carga del obispado. Fue un verdadero modelo de pastores. Pronto cambió la vida de palacio. En el tablón de anuncios, escribió estas dos normas:

1a. — *La casa del obispo no es casa de placer, sino de penitencia.*

2a. — *Todo aquel tiempo que no se dé a Dios y no se consuma en beneficio del prójimo, es tiempo perdido».*

Dos devociones, sobre todo, fomentó entre sus diocesanos y entre sus religiosos: EL CULTO AL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y EL FILIAL Y TIERNO AMOR A LA VIRGEN MARÍA.

No le faltaron cruces, a veces bien amargas y de parte de quien menos lo esperaba, pero todo lo supo soportar con gran amor y heroísmo.

El día 1 de agosto de 1787, a sus 81 años de edad, partía a la eternidad.

b) apóstol de la prensa

Hemos visto que desde niño sintió una atracción especial a la lectura. También a la escritura ya que se conservan de él trabajos de su más temprana edad.

Asimismo hemos recordado que una vez ordenado sacerdote se entregó de lleno a toda clase de apostolados, entre ellos el de la pluma.

Hizo dos votos que trató de cumplir siempre a rajatabla:

1º) Rezar todos los días las tres partes del Rosario.

2º) Tratar de no perder ni un minuto de tiempo, es decir, aprovechar siempre el tiempo.

San Alfonso es uno de los 32 Doctores que hoy tiene oficialmente declarados la Iglesia porque en él se dan de modo eminente las tres condiciones que son necesarias para serlo: a) santidad, b) sabiduría y c) aprobación de la Iglesia.

Cumplió tan a rajatabla su propósito de aprovechar el tiempo que nos dejó escritas más de cien obras, entre mayores y menores. Todas respiran gran sabiduría y un profundo fervor.

Los redactores de la prestigiosa revista italiana «Civiltà Cattolica» no exageraron al afirmar

«que San Alfonso María de Ligorio sobrepuja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos».

Si quisiéramos hacer una comparación creemos no exagerar si afirmamos que son tres los santos que más han influido en el mundo por medio de sus escritos y sabiduría: En la antigüedad, San Agustín. En la Edad Media, Santo Tomás de Aquino, y, en la Edad Moderna, San Alfonso María de Ligorio.

Creemos también poder afirmar que tres son las máximas autoridades: Santo Tomás en Teología Dogmática, San Juan de la Cruz en Teología Mística y San Alfonso María de Ligorio en Teología Moral.

Famosos son sus libros de *Moral, de Oración, Las Glorias de María*, etc.

San Alfonso era consicente del valor de la lectura de los buenos libros y por ello los recomendaba siempre que se le ofrecía la ocasión. En su libro *La Monja Santa*, escribió:

«¡Oh, cuán grandes son los bienes que producen la lectura

de los libros santos!... El alma, embebida en santos pensamientos por medio de las buenas lecturas, estará mejor dispuesta para rechazar las tentaciones... Por eso decía San Jerónimo: "No dejes de las manos los libros santos, que serán como un escudo donde reboten las flechas de los malos pensamientos"».

Y continúa:

«¡Oh, cuántos santos han abandonado el mundo y se han convertido a Dios por la lectura de un libro espiritual!».

Y con riqueza de detalles trae la conversión que por la lectura realizaron San Agustín, San Ignacio de Loyola, San Juan de Colombini, dos cortesanos del emperador Teodosio, una religiosa carmelita, la duquesa de Montalvo y termina con esta advertencia:

«Pero no se crea que los libros ayudaron a los santos solamente al principio de sus conversiones; pues ellos fueron su ayuda durante toda la vida para conservar y aumentar cada día más su perfección. Pues, ¿cómo podían los santos anacoretas pasarse tan largos años en el desierto, lejos de todo trato humano, sino con la ayuda de la oración y de los libros espirituales?».

San Alfonso es consciente del valor de los libros santos y quisiera que llegasen a todos los rincones de la tierra y que los adquiriesen aún las personas más pobres. Por ello en su precioso libro *Gran medio de la Oración*, exclamaba:

«Si me fuera posible, quisiera lanzar al mundo tantos ejemplares de esta obra, cuantos son los cristianos que en la tierra viven, y a todos gustoso se la regalaría».

5. San Antonio María Claret

a) síntesis biográfica

Ha sido llamado *«el primer santo del Concilio Vaticano I»*.

Cuando el 7 de mayo de 1950 el papa Pío XII inscribía a San Antonio María Claret en el catálogo de los Santos, decía de él:

«Alma grande, nacida como para ensamblar contrastes; pudo ser humilde de origen y glorioso a los ojos del mundo; pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante; de apariencia

modesta, pero capaz de imponer respeto incluso a los grandes de la tierra; fuerte de carácter, pero con la suave dulzura de quien conoce el freno de la austeridad y de la penitencia; siempre en la presencia de Dios, aún en medio de su prodigiosa actividad exterior; calumniado y admirado, festejado y perseguido. Y entre estas maravillas, como luz suave que todo lo ilumina, su devoción a la Divina Madre»...

Nació en Sallent (Barcelona) el 23 de diciembre de 1807. Sus padres se llamaron Juan y Josefa y él fue el quinto de once hermanos. Sus padres tenían un telar y como las cosas no marchaban demasiado desahogadas muy pronto se vio obligado a trabajar en él siendo la admiración de todos por su laboriosidad, caridad, piedad, dulzura... y, sobre todo, por su ardiente amor a la Virgen María a quien amaba con todo su corazón.

En su Autobiografía escribirá:

«Me pusieron por nombre Antonio Adyutorio Juan; pero yo, después, añadí el dulcísimo nombre de María, porque María Santísima es mi Madre, mi Madrina, mi Maestra y mi todo, después de Jesús».

El Señor tiene sus predilectos y no hay duda de que uno de estos fue el Padre Claret. Ya desde niño una obsesión absorbía su corazón: *salvar almas*.

El pequeño Antonio recibió una esmerada educación cristiana y profesó ya desde niño una profunda devoción a la Virgen María. Cuando contaba seis añitos acompañado de su hermanita Rosa pasaba largos ratos en compañía de la Virgen María en el cercano santuario de Fusimanya.

Desde niño eran dos los pensamientos —como nos cuenta en su preciosa e interesante *Autobiografía*— que obsesionan su mente: El pensamiento de la *condenación eterna*. De la gran desgracia de condenarse para siempre. Este pensamiento le torturaba continuamente y no le dejaba descansar.

Otra idea que tenía muy fija era la misma que le hizo a San Francisco Javier cambiar de vida. Las palabras de Jesús: *«¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»*.

Fueron estos dos pensamientos los que le empujaron, sobre todo, a abandonar el mundo y abrazar la carrera sacerdotal. Antes